

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 8.—BARCELONA 14 DE SEPTIEMBRE DE 1914



La escuadra británica repeliendo el ataque de los cruceros rápidos y torpederos alemanes

Ayuntamiento de Madrid



CRÓNICA INTERNACIONAL

I. La nación mimada.—II. Cómo se prepara a hacer la guerra la Gran Bretaña.—El peligro ciega a los franceses.—IV. El Canadá.—V. Bombardeo de París por los aeroplanos alemanes.

I.—La nación mimada

Es Holanda. Su neutralidad, que se traduce en cerrar a los ingleses las bocas del Escalda e impedir que las escuadras británicas lleguen a Amberes, será recompensada a buen precio por Alemania, que supo, con más fortuna que en el caso de Bélgica, atraérsela a sus intereses. Seguramente, si Alemania triunfa, algunas colonias inglesas pasarán a poder de Holanda; pero si es Inglaterra la que vence, corren serio peligro las colonias de aquel Estado.

Inglaterra no se acaba de convencer de que no puede contar, por ahora, con los holandeses. La prensa británica ha emprendido una activa campaña para llevar a los holandeses el convencimiento de que los alemanes se anexionarán el reino si Holanda no se pone al lado de los aliados; y aconsejan a sus *queridos amigos* que desechen todo temor y se libren de la tutela alemana; la campaña va acompañada, como es natural, de relatos terroríficos y exposición de antecedentes y documentos secretos, más o menos apócrifos, que pintan la rapacidad alemana. No para ahí el cariño que a última hora están demostrando los beligerantes a Holanda. Los ingleses, a pesar de dominar, sin duda ninguna, en el mar del Norte, se han abstenido de decretar el bloqueo de aquel mar, bloqueo cuyas consecuencias peores serían para Holanda; y se han abstenido de dar este paso, a pesar de constarles y saber que gran parte del comercio alemán no se ha interrumpido y sigue haciéndose por el intermedio de Holanda y en barcos neutrales. Este solo dato dará a comprender más que cualquier larga explicación, la extraordinaria importancia que en el conflicto está desempeñando Holanda.

II.—Cómo se prepara a hacer la guerra la Gran Bretaña

Inglaterra ha abierto la recluta voluntaria para reforzar el ejército de operaciones, con bastante medianos resultados. Desde el día 8 que se abrió hasta el 22, no se había podido formar más que un batallón de mil plazas, aunque el número de alistados llegaba a algunos millares. Más que con ellos, cuenta con los recursos que le llegarán, si es verdad lo que dice, de Australia, del Canadá, de la India, de Africa, etc., es decir, que va a echar mano de todos sus súbditos que no sean ingleses, y para ella la gue-

rra será cuestión de dinero y no de aflicciones de esas que llegan al alma popular. Lo malo para ella es que esas levas no servirán para nada. Pero ha dado la Gran Bretaña una prueba de su reconocido buen sentido no alentando a los japoneses y reconociendo cuán equivocado fué el paso que dió para que los nipones tomaran parte en este conflicto eminentemente europeo, aunque de trascendencia mundial.

III.—El peligro ciega a los franceses

Ilustres personalidades de Francia reclaman y procuran demostrar que los japoneses no sólo han de combatir a los alemanes en las costas de la China, sino que debieran tomar parte en la lucha en Europa, enviando tropas y barcos. Esto no es más que la última consecuencia de lo que han hecho los franceses, llevando al teatro de la guerra a los argelinos y a los contingentes del Senegal. Se están echando tierra a los ojos. Cuando termine la guerra, las tropas africanas extenderán en su país, y también ello se sabrá antes, que los que creían incontrastables dominadores han sido derrotados por otros blancos; que no es la fuerza de Francia lo que tenían entendido; y que cuando llega el peligro saben correr tanto los franceses como los negros (verdad que es extensiva a todos los hombres, cualquiera que sea su raza), pero que los franceses, como todos los blancos, tuvieron buen cuidado de ocultar. Como consecuencia, no sólo padecerá el prestigio francés en todas sus colonias, sino que se habrá sembrado en ellas el primer germen de intranquilidad, de alzamientos y de guerras.

Lo mismo acontecerá con los japoneses. Si ahora se ven solicitados, nada menos que por Francia, van a creerse los dueños del mundo, y cuando Europa esté desangrada, no serán tímidos para imponerse y tratar de sacar todas las ventajas de la situación que se ha creado. Para el porvenir de Francia, para su existencia a través de los siglos y los tiempos, es mil veces preferible que la derróte Alemania o Italia o Inglaterra, que no la pérdida de su prestigio y el hundimiento de su fuerza moral en todo el mundo y, sobre todo, a los ojos de sus colonias y países de protectorado, de los que extrae los recursos principales para su vida. Pero el peligro ciega y ante un mal menor pierden de vista el verdadero mal: el mal irremediable.

IV.—El Canadá

¡Con qué fruición contemplan los Estados de la Unión el entusiasmo, dentro de la natural impasibilidad, del Canadá en favor de la madre patria! ¡Qué mal encubierta satisfacción experimentan al darse cuenta de que parte de la juventud del Canadá se prepara a embarcar para Inglaterra! Es muy lógico y natural; pero no lo es tanto que la Gran Bretaña no comprenda o se empeñe en no comprender que su derrota, si llegara, y, de todos modos, la debilitación del Canadá, ofrecería a los Estados Unidos una fruta madura que se caería por sí misma del árbol.

Inglaterra por un lado y el Japón por otro, van a dar el trabajo hecho a los Estados Unidos. Sobre todo si los japoneses hicieran caso a las lamentaciones de Francia, habrían sacado los Estados Unidos el premio gordo sin jugar a la lotería, que es lo más admirable, y cosecharían a manos llenas en América y Asia y Oceanía.

V.— Bombardeo de París por los aeroplanos alemanes

Las bombas lanzadas por los aeroplanos alemanes sobre París han despertado una indecible emoción en la capital francesa y han llenado de espanto a Londres, cuyo gobierno mueve al francés para que, en lo posible, se ponga término a lo que se tilda de atropello y de barbarie. Se han sacado a relucir las conclusiones del congreso de la Haya, es decir, se invoca en guerra lo que se hizo en paz, y no hay palabras para calificar como merecen a los salvajes aviadores alemanes.

La cuestión merece algunas líneas. Creemos que, ciertamente, es bárbaro el lanzamiento de explosivos desde los aviones, pero no más ni menos bárbaro que el lanzamiento de bombas y granadas desde los morteros y cañones. Todo son explosivos y su finalidad es la misma; varía sólo el medio de lanzamiento, pero a nadie se le ha ocurrido protestar ni lamentarse si en un combate un hulano blande con su mano izquierda, por ser zurdo, la lanza, en vez de empuñarla con la derecha. Aún cabría la protesta si París fuese plaza abierta; pero es plaza fortificada y, como tal, expuesta a los rigores de un sitio y a ser receptáculo de proyectiles de todas clases, los cuales no preguntan, al explotar, si las personas que hay a su alrededor son militares o paisanos, hombres o mujeres, guerreros o ancianos.

Además, en los primeros días de la guerra, la prensa francesa venía llena de las hazañas de sus aviadores, que arrojaban bombas a todas partes, lo mismo sobre tropas que sobre ciudades abiertas, tanto contra los convoyes como contra simples granjas de labor. Y lo que se reputaba meritorio y glorioso ejecutado por los compatriotas, no debe ser llamado bárbaro si lo hacen los adversarios.

En esta guerra se está apelando por todos, llámense alemanes, ingleses, rusos o franceses, a cuantos medios se han inventado o se están ideando para perjudicar y dañar al enemigo, no ya en su aspecto y carácter militar, sino en el privado. Confiscaciones y hundimientos de barcos mercantes, guerra al comercio, declaración de la libertad de patentes, exposiciones de los productos [alemanes para que los co-

pien los ingleses, contribuciones onerosísimas de guerra, fusilamientos, persecuciones de espías, y sabido es que espía tiene ahora la significación de ser ciudadano del país enemigo, atropellos de todas clases a los súbditos de la nación con la que se está en guerra, saqueos de tiendas y almacenes, envío de tropas negras contra los blancos... No hay motivo para que París sea una excepción; podrá ser, lo que sería discutible, el cerebro del mundo en tiempo de paz, pero en tiempo de guerra no es más que una plaza fuerte, el corazón de la nación rival y a ella es lógico que se dirijan las armas de todas clases.

Esto lo saben los franceses, y probablemente soportarían con paciencia lo que les ha ocurrido, lo mismo que han soportado otros vejámenes de la guerra, si detrás de la capital francesa no estuviera Londres. Ahí es donde duele a los aliados, porque saben los ingleses que la aparición de los aeroplanos alemanes sobre la capital francesa, acaso no es más que el anuncio de otras apariciones que quitaron el sueño noches y noches, en plena paz, a los habitantes de la inmensa Londres.

Pero están en guerra y toda lamentación es estéril. El que más pueda no se detendrá en su camino ni reparará en consideraciones humanitarias ni artísticas. Ello equivaldría a condenar las armas y hacer la guerra con discursos. Todavía el mundo no ha progresado tanto.

Y, en último término, lo que dirán los alemanes: ¿Para qué quieren los franceses sus aeroplanos? ¿No se han estado jactando de su superioridad en este terreno? ¿Por qué no les envían a oponerse a los vuelos de los nuestros y por qué no los despachan a bombardear Berlín?

Reconozcamos, sí, que el lanzamiento de bombas desde los aviones es un acto de barbarie, pero, al mismo tiempo, confesemos que no hay en esto más barbarie que en el cañoneo de una plaza, ni en el terrible fuego que diezma las filas en los campos de batalla, ni en los mil actos que caracterizan estas tremendas contiendas. ¡Es la guerra! y esta frase lo explica todo.

F. LARÍN.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

(El señor A).—¿Ha leído V. la prensa, don Subrio?

—No; nunca han sido mi afición las novelas. ¿Qué dice?

(El señor B).—¡Grandes noticias! Los serbios han derrotado otra vez a los austriacos, los rusos han aplastado a los alemanes...

—¡Malo, malo!

(El señor A).—No para ahí la cosa: Italia va a declarar la guerra a Austria, Portugal moviliza, Montenegro...

—Cuando digo que malo, malo...

(El señor B).—Y además, parece que el Japón envía 500.000 hombres a combatir en Europa, al lado de los ingleses, que Suecia va a definir su actitud en contra de Alemania, que...

—¡Desgraciados, pobrecitos!

(A y B).—Sí, efectivamente, están perdidos, porque en Berlín apenas quedan subsistencias, ha esta-

llado la sublevación en el ejército austriaco, Grecia se prepara, dicen que también Mónaco...

—¡Ahora sí que no tienen remedio!

(A y B).—Por si fuera poco, los alemanes han tenido que sacar fuerzas de Bélgica para llevarlas al otro extremo del Imperio. Lo que más nos ha impresionado es que la caballería inglesa haya derrotado siempre a la alemana, que la artillería francesa sea superior a la enemiga, que los zuavos poco menos que se comen crudos a la Guardia Imperial...

—Pero, ¿no decían los telegramas el otro día que esa famosa Guardia estaba frente a los rusos y que una fracción de ella se encontraba en Metz? pues ¿cómo ahora aparece en Bélgica? Se va a forjar una leyenda como la de los hulanos.

(A y B).—Hace V. bien en compadecerles, porque no queda a los alemanes otro recurso que rendirse a discreción. Cuando los rusos entren en Berlín...

—Creo que antes entrarán los franceses....

(A y B).—¿Tan mal ve V. la situación de los alemanes y austriacos?

—¿Yo? Lo que quiero decir es, que antes entrarán en Berlín los franceses... prisioneros. A quien compadezco no es a los alemanes, sino a los ingleses, franceses y rusos; los únicos que me admiran por sus proezas son los belgas y serbios...

(A y B).—Pues ¿cómo decía V. malo, pobrecitos...?

—Caballeros, me refería a los aliados. ¿No han comprendido Vds. aún que cuando circula por España una tromba de noticiones como los que ustedes indican, es que los aliados acaban de llevar una paliza colosal? ¿No comprenden Vds. que así la prensa franco-inglesa, de la que se hace eco la nuestra, cree que se reanima el abatido espíritu de los aliados? No lo olviden Vds.: cuando lean que los rusos, los montenegrinos, los serbios, los patagones, etc.,... y que Alemania no tiene que comer, y que el plan está

estudiado y ya preveía la retirada, y que el dinero, y que los barcos... deduzcan Vds. una sola y única consecuencia, sin temor a equivocarse: los aliados están entregados a carreras de resistencia en el territorio francés. Cuando sean los alemanes quienes corran, si es que corren alguna vez, ya verán ustedes cómo no hablarán los franco-ingleses, de Rusia ni de las Batuecas. ¡Bonitos son ellos para no saberse dar aire!

(A y B).—Con V. no se puede. No nos negará usted que es admirable el ejemplo que están dando Francia e Inglaterra combatiendo juntas contra el enemigo común, sin rivalidades y olvidando antiguos odios y recelos.

—¡Es un espectáculo precioso! Sólo que a los franceses les producirá el mismo goce que si les dieran en los nudillos con una badila.

(A y B).—¿Cómo...?

—Bien se advierte que no leen Vds. la prensa inglesa. ¿Acaso ignoran Vds. que los ingleses se batieron heroícamete en Mons, teniendo a raya a treinta o cuarenta cuerpos de ejército alemanes, y que si se replegaron fué porque los franceses quedaron derrotados? ¿No saben Vds. que después ha continuado admirando al mundo la pericia y la bravura británicas, aunque las tropas de French hayan tenido que apelar a las piernas, en ocasiones más seguras que las armas, por culpa de Joffre, que tomó la ofensiva en una dirección inconveniente? Lean ustedes aquella prensa sabia para la que no hay secretos, y se persuadirán que los ingleses van de éxito en éxito; la guerra la están perdiendo los franceses. He aquí una de las ventajas de las alianzas, que probablemente no se les había ocurrido a Vds.

(A y B).—Ciertamente, no.

—Pero es lo que dirán los soldados de French: ganamos, pero estamos a lo de garrotazo y tente tieso; a este paso pronto invadiremos Alemania pasando por las fronteras de España. Les digo a usted-



Cosaco muerto a orillas del Vistula



Embarque de material de guerra en las costas inglesas con destino a Dunquerque

des que cada vez me son más simpáticos los franceses, pero sus aliados .. que pretenden estar a las maduras, y las duras se las dejan a los franceses... Tras que la batalla de Charleroi se perdió, principalmente, por culpa de French, venir ahora con que Francia se sostiene gracias a la ayuda de Inglaterra... ¡Vaya unos amigos que le han salido a Francia!

(A y B).—No se ha portado así la heroica Bélgica, cuya resistencia soberbia ha contenido semanas y semanas a las hordas del Kaiser...

—Tanto les ha contenido, que han llegado antes que los aliados a los puntos que querían alcanzar... Mucho heroísmo, pero se replegaron a Amberes y dejaron a los franceses en las astas del toro. Créanme ustedes, en guerras internacionales, nadie debe contar más que con las propias fuerzas; los vecinos aliados suelen convertirse en huéspedes. Y, a propósito: ¿han comenzado Vds. a estudiar la Historia y la Geografía, como les recomendé?

(A y B).—Nunca le agradeceremos bastante aquel consejo.

(El señor A).—Ese estudio me ha servido para rectificar mis ideas; yo, que deseaba el triunfo de X, me inclino a favor de Y. ¡Cuán equivocado estaba!

(El señor B).—El engañado era yo, que hacía votos por la victoria de Y, y ahora estoy convencido de que más nos conviene que venza X.

—Lo cual quiere decir que ni V., señor A, ni usted, señor B, saben todavía bastante Historia ni bastante Geografía; y ciertamente, no hay tiempo aún para que la hayan aprendido. No olviden ustedes que tan malo y pernicioso es ignorar aquellas ciencias, como tener un conocimiento superficial de las mismas. Para deducir consecuencias y orientaciones, es menester tener base firme.

SUBRIO ESCÁPULA.

(¿Necesitaré añadir, lector benévolo, que también doy a la estampa esta conversación para no verme obligado a repetirla varias veces al día?).

COMO SE ESCRIBE LA HISTORIA

En el artículo de fondo del *Times* del día 25 de agosto, al comentarse la derrota de los aliados en el frente Lorena-Mons, se leen los siguientes párrafos, que sin duda habrán agradecido los franceses y que demuestran hasta qué punto llega la soberbia de la prensa inglesa.

«Ayer fué un día de malas noticias, y tememos que todavía sigan otras de la misma naturaleza. Las fuerzas francesas de la frontera belga se están retirando de la línea del Sambra,—y debemos creer que también de las del Mosa desde Namur a Givet—a las posiciones defensivas preparadas en su propia frontera. Las fuerzas británicas de Mons parece que cumplieron bravamente su deber, pero fueron obligadas a retirarse sobre Maubeuge por haber tenido éxito el ataque alemán en los demás puntos. Desde Lorena llega la noticia de que los franceses se retiran a la línea de Nancy, y en Alsacia se retiran desde el monte Donon y el coll de Saales a la cresta de los Vosgos. Así, en la primera fase de la gran batalla, las tropas alemanas han ganado terreno en toda la línea, salvo en el área ocupada por los ingleses».

EPISODIOS DE LA BATALLA DE CHARLEROI

Un corresponsal inglés describe en los siguientes términos algunos episodios de la batalla de Charleroi; aunque los hechos disiparon a las pocas horas los optimismos del periodista y sus pronósticos se volvieron por pasiva, no deja de tener interés su relato, algo exagerado, como es natural, en favor de los aliados.

«Las tropas francesas efectuaron una salida épica, pero como el enemigo era muy superior en número tuvieron que retirarse y el bombardeo (contra Charleroi) continuó sin debilitarse. Entonces los turcos (zuavos argelinos) con su bravura legendaria, desembocaron de la ciudad, y con un valor que seguramente registrará la historia cargaron contra la ba-

tería alemana, matando a bayonetazos a los sirvientes. Sus pérdidas excedieron a la de la brigada ligera en Balaklava, porque de un batallón sólo salieron sanos y salvos unos 100. Su bravura fué, sin embargo, impotente contra el avance alemán que se derramaba paso a paso por los arrabales de la ciudad hacia el corazón mismo de Charleroi. Allí, en las estrechas calles de la población valona, la carnicería fué casi indescriptible.

«Un infante francés, relatando el feroz combate en las calles, declaró que había tantos muertos que los que iban siendo heridos quedaban en pié recostados sobre los cuerpos de sus camaradas fallecidos. El último esfuerzo francés se ejecutó frente a la estación del ferrocarril, delante de la cual cruza el canal. Durante dos horas los alemanes combatieron por la posesión del puente. Por fin se apoderaron de él, con grandes pérdidas, haciéndose dueños de los arrabales de Marchiennes, Montignies y Landelis y todo el terreno hasta Walcourt.

«A última hora del día, la artillería francesa abrió el fuego sobre la ciudad de Charleroi. En las primeras fases del combate, los alemanes habían cañoneado la parte alta de la población. La artillería francesa hizo caer una lluvia de granadas sobre la parte más baja de la ciudad. Al apoyo de este fuego de artillería, la infantería francesa avanzó resueltamente contra la tenaz resistencia que se le oponía en la ciudad que acaba de evacuar, tomando varios arrabales y comenzando a hacerse dueña de la línea entre Thuin y Mettet. A las seis de la tarde cesó el combate, por estar extenuados ambos contendientes.

«A la mañana siguiente, antes de amanecer, de nuevo la artillería francesa cañoneó a Charleroi. Una vez más, las infatigables tropas francesas se derramaron por las suaves laderas hacia la parte baja de la ciudad, reocupando el Chatelet, Chatelex-Inou, Bouffroix, Marchiennes y Couillet. El combate fué acompañado de inmensas pérdidas por una y otra parte. Charleroi es el centro de un distrito minero y comercial, y en los desniveles y cortes del terreno los franceses encontraron admirables emplazamientos para sus ametralladoras, que están desempeñando un brillante papel en esta guerra. Frente al fuego de las ametralladoras alemanas, los franceses entraron en la desgraciada ciudad de Charleroi, y tras un combate furioso arrojaron a los alemanes en desorden al otro lado del Sambre. Los franceses entraron

en una ciudad cubierta de cadáveres, destrozada por el fuego, y devastada por todos los instrumentos de la guerra moderna.

«A la puerta de una posada se veía el pálido rostro de un oficial alemán, con su cabeza inclinada hacia una jofaina y una capa seca de jabón sobre su cara, que había sido muerto en el acto de lavarse. Había otro tendido a través de una mesa, y la copa de café que iba a llevar a sus labios se veía a pedazos en el suelo.

«Este es el relato que me hicieron los franceses. Después de oírlo, supe que los alemanes habían rodeado la ciudad, y ansioso de saber si esto era cierto partí en la dirección de Namur.

«A pocas millas de Philippeville, encontré a un oficial belga y al pagador general de Namur, que me dijeron que la ciudad de Namur había sido ocupada por los alemanes que la habían sometido a un terrible bombardeo, y el fuego del enemigo fué tan certero que los primeros disparos acallaron el tiro del fuerte de Marchovelle al N. E. y del fuerte de Maizeret, al E.; también el fuerte de Andoy sufrió mucho y quedó casi inutilizado. Los alemanes entraron en Namur sin encontrar mucha resistencia.

«Todavía resisten los fuertes de Dawe y Wepion y la línea de fuertes del norte.

«A despecho de los preparativos hechos en Namur, de haberse tendido una línea de alambradas espinosas, por la que se hizo pasar una corriente de 1.500 voltios y del abundante uso de pedazos de vidrio, Namur cayó en manos de los alemanes ayer a las ocho de la mañana.

»Los belgas, como se ha verificado siempre en esta campaña, evacuaron la ciudad en buen orden, se llevaron el material móvil y los autos, y el jefe de estación partió en el último tren llevándose los fondos recaudados. Las tropas belgas, fuertes de unos 3.000 hombres, pasaron bajo la protección de una cortina de caballería francesa a las líneas francesas.

«Así, los alemanes han adelantado mucho para apoderarse de las dos orillas del Mosa casi hasta Dinant. Pero han dejado detrás de ellos seis fuertes de Namur, los cuales, se espera que les perturbarán mucho sus operaciones.

«Las tropas francesas tomaron la ofensiva ayer; llegaron al campo de batalla con un aspecto magnífico y están henchidas de deseos de combatir y tienen plena confianza en la victoria».

CRÓNICA NAVAL

I. Planes de las escuadras beligerantes.—II El problema naval alemán.—III. Operaciones navales

1.—Planes de las escuadras beligerantes

En estas columnas han aparecido los datos principales de las escuadras beligerantes, de los que resulta la gran superioridad, incontrastable, de la británica sobre la alemana, de ésta sobre la rusa, y de la anglo-francesa sobre la austriaca. Al alcance de cualquiera está que una victoria decisiva de la flota inglesa sobre la alemana facilitaría enormemente la victoria de los aliados, toda vez que aun cuando el

ejército del Kaiser obtuviera un señalado triunfo en tierra, la derrota de Alemania sería segura, en un plazo más o menos largo, porque perecería por consunción encerrada en los límites de sus fronteras europeas. También para Austria sería un golpe fatal la destrucción de su flota de guerra, y lo mismo acontecería con Rusia si desaparecía su escuadra del Báltico. Las batallas navales, a juzgar por lo acontecido en la guerra ruso-japonesa y por los especiales caracteres que revisten son mucho más decisivas que las

terrestres: el vencido es destruído casi totalmente, y como no es posible reemplazar los barcos con la diligencia que los hombres, el armamento y los caballos, queda fuera de combate no sólo durante todo el resto de la guerra, sino mucho tiempo después.

¿Porqué, según ésto, no acomete la flota británica a la alemana, ésta a la rusa, la anglo-francesa a la austriaca? Tal es la pregunta que se dirigen muchas personas, y a la que voy a contestar en el terreno de las probabilidades y de los principios de la estrategia naval.

a. *Alemania contra Rusia.*—Es de suponer que la escuadra rusa está encerrada en los puertos militares del Báltico. Si sale de ellos y se aventura en alta mar, corre el peligro de ser echada a pique, y a partir de este momento todo el litoral ruso queda a merced del enemigo, y Alemania puede dirigir sus golpes contra los puntos más vitales del Imperio moscovita, que son los bañados o inmediatos a aquel mar. Conservando sus barcos hasta el último momento, Rusia se procura las ventajas de entorpecer o paralizar las operaciones del adversario contra las costas; tiene derecho a esperar que más o menos pronto sea derrotada la escuadra alemana por la inglesa, y si ésto acontece su propia escuadra queda dueña, sin combate, del mar Báltico y en disposición de cooperar a los movimientos del ejército de tierra; desaparece para Rusia uno de los mayores peligros de la guerra. Lógico es, pues, que los rusos guarden sus barcos al amparo de los cañones de la costa, y tengan guardada la entrada de éstos con un cordón de torpedos y minas submarinas.

La flota alemana, por su parte, ha de reservarse para el choque decisivo y vital para el Imperio: la batalla contra la británica. Empeñarse contra la rusa la expondría a sufrir pérdidas, y los barcos, aunque no fueran alcanzados por los proyectiles enemigos, padecerían en sus condiciones maniobreras y marineras, tan importantes en los combates.

La guerra naval y la terrestre han de ir perfectamente de acuerdo y estar muy bien coordinados sus esfuerzos; y como el objetivo principal de Alemania es vencer a sus enemigos del O., claro es que ha de reservar sus medios de acción para hacer frente a las eventualidades de la lucha contra Francia e Inglaterra, toda vez que la campaña contra Rusia no es urgente y permite esperar. Es de suponer, por consiguiente, que sólo algunas unidades anticuadas, impropias para una verdadera batalla naval están apostadas en el Báltico para arrojar contra las rusas si éstas se atreven a dejar sus fondeaderos; las demás, las modernas, las de combate, están destinadas a hacer frente a las inglesas.

Sólo en el caso de que Alemania saliera vencedora en tierra firme en el teatro occidental, y fuera vencida en el oriental, presentándose el peligro de que los rusos entraran en Berlín, estaría Alemania en el caso de aventurar sus barcos, a todo evento, para llevar lejos la acción de los ejércitos rusos.

b. *La coalición franco-inglesa contra Austria.*—Aunque la Gran Bretaña tiene todos sus barcos modernos de combate en el mar del N. y en el canal de la Mancha, dispone todavía de suficientes unidades para guardar el Mediterráneo y reforzar eficazmente a la flota francesa. La destrucción de la escuadra austriaca sería en extremo provechosa para los

aliados, porque todo el Mediterráneo, desde Gibraltar a las costas de Asia caería en sus manos, y el comercio no tendría enemigo que temer, quedando asegurada la vida comercial de ambas potencias, a la vez que se cerraban las puertas del mundo a Austria. Como el factor importante es para los ingleses la flota alemana, y las unidades destacadas en el Mediterráneo son impropias para sostener una batalla naval contra un poderoso enemigo, puede impunemente la Gran Bretaña arriesgarse a perder algunos barcos, con tal de que desaparezcan bajo las olas los austriacos. Es probable, sin embargo, que esta misión contra la flota enemiga sea encomendada a Francia, porque sabido es que los ingleses no arriesgan sus fuerzas sino cuando ello es absolutamente indispensable.

La destrucción de la escuadra austriaca tendría además la ventaja de poderse disponer de bastantes barcos para apoyar las fuerzas del mar del Norte, permitiendo un relativo descanso a las escuadras apostadas en este último teatro, descanso que se traduciría en una más larga duración de las cualidades marineras y militares de los barcos. Todas estas consideraciones militan en favor de una acción pronta y resuelta contra la escuadra austro-húngara, a la que se ha de tratar de echar a pique cuanto antes.

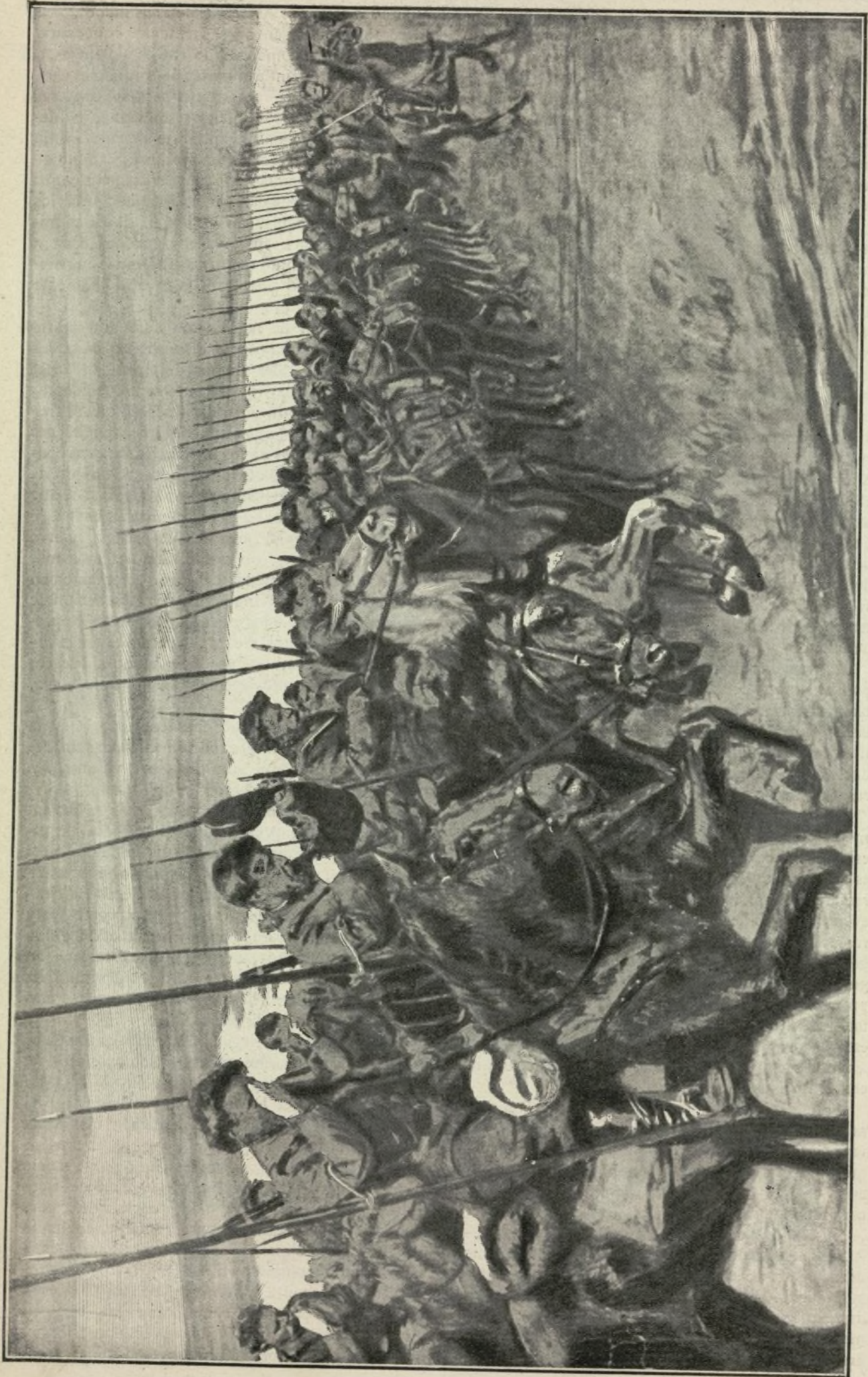
Pero ello mismo es causa de que Austria reserve y esconda sus barcos, no aventurándolos a la mar sino cuando se vea amenazada de un desembarco en las costas de Herzègovina para apoyar la acción de serbios y montenegrinos y la sublevación de las provincias eslavas. Es posible que Austria no tenga inclinación a guardar esa prudente actitud, que sin duda le habrá sido muy recomendada por su aliada, Alemania.

La intervención de Italia en el conflicto, pondría a los austriacos en una situación extremadamente crítica, y les obligaría aun contra su voluntad, a arrostrar las consecuencias de un combate naval.

c. *La coalición anglo-francesa contra Alemania.*—Este es el problema principal.—Por ahora, la escuadra francesa se mantiene en su casi totalidad en el Mediterráneo; de creer es que cuando haya terminado el trasporte de los dos cuerpos de ejército africanos a Francia, ésta destacará algunos barcos para que auxilién en su pesada labor a los aliados; y si la escuadra austriaca fuera destruída, no quedarían en el Mediterráneo más que los barcos indispensables para guardar los estrechos, vigilar a Turquía y afirmar más la actitud amistosa de Italia.

En tanto este caso llegue, la cuestión queda planteada entre las escuadras inglesa y alemana.

Todo el poderío inglés descansa en su flota. La pérdida de ella sería el hundimiento definitivo del poderoso imperio mundial; una cruzada más vasta que la que hoy se ha formado contra Alemania, se alzaría frente a Inglaterra, comenzando por Francia y concluyendo por el Japón; son demasiado ricos los despojos que ofrecería a la codicia ajena, para que ésta los respetase espontáneamente, sabiendo que no hay nadie que los guarde. Su comercio marítimo se funda también en el dominio de los mares por la flota de guerra, y su misma existencia se basa en la escuadra, porque el ejército de tierra, corto en número y mediano en composición e instrucción, es incapaz de hacer frente a ningún otro de las gran-



Cosacos persignándose antes de entrar en combate

des potencias; además, Inglaterra no ha sido invadida hace siglos y no está preparada la población para soportar los horrores de una guerra en su mismo territorio. En resolución, toda la vida de Inglaterra se cifra en su escuadra de guerra. La ha arrojado en la contienda cuando ha visto que los alemanes, invadiendo a Bélgica, iban a establecerse en el mar del N., a cortísima distancia de las costas inglesas, y en situación de poder desembarcar en las islas al menor descuido o complicación que en el porvenir se presentara a Inglaterra. Los alemanes en el litoral belga, significaban la inmovilidad de todos los barcos de combate en el mar del Norte y el canal de la Mancha, y el abandono de la vigilancia de las colonias y posesiones de las cinco partes del mundo, a menos de realizar un gasto colosal, que ni Inglaterra podría ya soportar, ni mucho menos sostener en la progresión necesaria para apartar de sí el peligro.

La acción de la escuadra británica ha de ser, pues, esencialmente conservadora; no debe arriesgarse sino en último término y cuando tenga a su favor todas las probabilidades de un éxito rápido y obtenido a poca costa. Si le fuera posible a Inglaterra hundir para siempre el poderío naval alemán, aunque fuera perdiendo la mitad de su escuadra, a estas horas el Kaiser carecería de barcos, pero la empresa no es tan fácil como parece a primera vista. Para destruir una escuadra, lo primero que se necesita es que ésta se preste a aceptar batalla, y la alemana dista mucho de acariciar semejante propósito, por lo menos mientras la guerra siga un curso normal en los teatros terrestres.

Si no sale al mar del N. la escuadra alemana y se mantiene abrigada en el Báltico, sería menester que los barcos británicos atravesaran los estrechos entre Escandinavia y Dinamarca, estrechos que además de estar muy vigilados por los alemanes, quedarán sembrados de torpedos y defendidos por submarinos y torpederos al menor peligro de aproximación del adversario. De esta suerte, el paso de los estrechos costaría a los ingleses pérdidas de consideración, y una vez conseguido este primer objetivo tendrían que acometer otro más difícil todavía: librar batalla con el enemigo, hallándose éste en la posición y paraje elegidos de antemano, apoyados por las defensas de tierra y utilizando como baterías flotantes, todas las unidades anticuadas, que si carecen de condiciones de navegación, no dejan de estar bien armadas y por lo menos entorpecerían la maniobra de la flota inglesa. Una batalla librada en estas condiciones no tendría todas las garantías de un éxito franco y decisivo, y aun podría resultar desfavorable si el defensor obraba con tino y prudencia.

Otra cosa sería si la escuadra francesa, luego de haber destruido a la austriaca, se incorporara a la británica, porque entonces toda ella retorzada por una o dos escuadras inglesas intentaría un ataque a la alemana si las operaciones en tierra tomaban un giro abiertamente favorable para el Kaiser; no habría mejor medio de prevenir un desembarco alemán que hundir los barcos que ostentaran ese pabellón. De todas maneras, por ahora no hay motivo para que Inglaterra arriesgue su única fuerza, la sangre que da vida a su cuerpo, y la esponga a un sacrificio que sería innecesario de resultar derrotados los alemanes en tierra.

Entre tanto, la misión más urgente y apremiante que ha de llenar la escuadra inglesa y lo mismo la francesa si se reúne con aquella, es vigilar el mar del N., para impedir que una división ligera alemana desemboque por Kiel en aquel mar y emprenda un ataque o dirija un golpe rápido contra la metrópoli; aunque no se atreviera a tanto, podría apoderarse de las costas de Holanda, facilitando la marcha de uno o dos cuerpos alemanes que ocuparían una situación de mucho peligro para la Gran Bretaña.

En resumen, los aliados tienen por el momento y en tanto no se incline resueltamente a un lado o a otro la guerra terrestre, por principal objetivo y casi única misión mantener *embotellada* la escuadra enemiga, sin perjuicio de estar dispuestos en todo momento para caer sobre ésta si incurre en la menor torpeza o realiza cualquier acto de audacia. Para conseguir este propósito, es menester navegar constantemente a lo largo de las costas del mar del Norte, desde los estrechos del Báltico al canal de la Mancha, con el grueso al N. de Holanda, pero en disposición de combate o de inmediata preparación de él, por si el adversario se lanza a un ataque. Grande, incomparable es la pericia de la marina británica, pero la labor que tiene a su cargo es dura y difícil: ha de prevenirse contra los ataques de torpederos, submarinos, barcos ligeros y aun contra el de algunos, pocos o muchos, barcos de combate, a poco que se descuide, teniendo en cuenta que el enemigo lo mismo puede desembocar por los estrechos que por el canal de Kiel, lo que le obliga a concentrar sus medios principales de combate en dos lugares muy separados entre sí y de modo, no obstante, que puedan concurrir el día de la batalla. Es de suponer que la misión de vigilancia se ha encomendado a las escuadrillas de barcos ligeros, y que las divisiones de combate se mantienen más a retaguardia, prestas a acudir al punto amenazado; pero a la vez se ha de atender a guardar las costas inglesas, porque aunque no sea de temer un ataque formal mientras el enemigo esté encerrado, podría ocurrir que cruceros auxiliares cañonearan algún puerto, despertando una indecible emoción en Inglaterra. Si las costas de Holanda están cerradas a los beligerantes como se asegura y es de creer, no tienen los ingleses a su disposición ninguna base naval que reúna las condiciones excelentes de la que utilizó Togo para barrear el paso a la escuadra rusa de Rodjestuensky, en 1905. Precisamente, el problema que han de resolver los ingleses es radicalmente opuesto al que tuvo a su cargo aquel famoso almirante japonés. Mantener, pues, un bloqueo, a la vez que la vigilancia de un litoral dilatado, cualquiera que sea el tiempo, y estar dispuestos a entablar combate con fuerzas inmensamente superiores contra un enemigo que dispone de dos salidas y cuya potencia está en relación de 3 a 5 con respecto a la propia, es labor que requiere toda la ciencia naval de que se enorgullecen, con razón, los ingleses.

Mucho más sencillo es el problema para los alemanes. Entablar batalla equivaldría a entregarse atados de pies y manos a sus enemigos, y anular las ventajas de su triunfo en tierra, suponiendo que lo logren; y si son derrotados en el continente, la destrucción de la escuadra sería la señal para la desaparición del Imperio. Nada puede hacer mejor Ale-

mania, que tener tranquilamente sus barcos de combate en el Báltico, encomendando a los ligeros y a la acción del tiempo el efecto destructor que sus cañones no pueden realizar por el momento. Obligado el enemigo a una incesante navegación, los fondos se ensucian, se pierde velocidad, se quebrantan y padecen los mecanismos todos, desde los puramente marinos a los militares; al cabo de un mes, la potencia maniobrera de la flota inglesa habrá sufrido una disminución de un décimo, de un quinto a los dos meses, y de un tercio a los cuatro; la de los alemanes se conservará casi incólume, tanto por la quietud como por la proximidad de astilleros y puertos.

Aunque se releven los barcos ingleses, el descanso no puede ser de consideración, dada la diferencia de las dos escuadras, que obliga a la inglesa a mantener por lo menos los dos tercios de su flota de combate en disposición de trabar una lucha inmediata, a las dos o tres horas de avisada la aproximación del enemigo. Mientras el grueso de las fuerzas navales alemanas aguarda el desarrollo de los acontecimientos, ligeras escuadrillas de torpederos, destroyers, cruceros rápidos y submarinos, acecharán al enemigo para caer sobre él en cuanto se presente cualquier oportunidad favorable: descuido en la vigilancia, nieblas densas y pertinaces (que comenzarán en septiembre), temporales (en la misma fecha); esas mismas escuadrillas fondearán torpedos y aun los arrojarán libres en el mar del N., por si alguno de ellos es alcanzado fortuitamente por un barco enemigo y le echa a pique (recuérdese el caso del Amphion); ejecutarán salidas imprevistas, siempre en momentos propicios, para atraer a los barcos enemigos, cuyo derrotero sembrarán de minas; amenazarán por un lado, para ejecutar pequeños ataques por otro; y, en una palabra, procurarán no dejar un momento de descanso a los ingleses, y debilitar la fuerza de éstos, aunque para ello sea necesario perder algunas, pocas o muchas, de esas unidades auxiliares, que no intervienen, apenas, en la resolución de la batalla. Esa guerra, en pequeña escala, es prematura ahora; conviene esperar que el tiempo ejerza su acción deprimente y de laxitud en las dotaciones de la flota enemiga, que los fondos estén sucios, que sobrevengan temporales y nieblas, que se pronuncie en un sentido la guerra en el continente. Si entonces la fortuna acompaña a los alemanes y son echados a pique algunos, basta que sean tres o cuatro, acorazados y cruceros enemigos, por el efecto del choque con torpedos o por el ataque de los submarinos, tendrá mucho adelantado Alemania para que Inglaterra se coloque en una actitud más razonable y se muestre propicia a firmar una paz honrosa para ambas partes. Y si no es así, tiempo habrá por delante para que la escuadra se sacrifique a su vez, y antes de hundirse el Imperio procure arrastrar en su caída el poderío militar y naval de la nación rival.

II.—El problema naval alemán

Mientras la escuadra alemana siga a flote, todo avance que pudieran emprender los rusos en la Prusia oriental quedaría expuesto a una contra ofensiva afortunada y aun a ser en parte cortado por un desembarco de los alemanes en las costas rusas del Báltico; al mismo tiempo, la flota inglesa no podrá

abandonar su posición de vigilancia en el mar del Norte y bastante tendrá que hacer con asegurar en todo tiempo las comunicaciones entre la metrópoli y el ejército expedicionario.

La desaparición de la flota alemana dejaría abiertas las costas alemanas a los ataques y desembarcos de las escuadras rusas y británica, y no habría ya medio de terminar la guerra victoriosamente en el mar, lo que vale decir que el triunfo de Alemania, aun siendo indiscutible en tierra, no tendría resultados decisivos, y la guerra terminaría ventajosamente para los ingleses.

El primer deber, por consiguiente, de los alemanes es conservar incólume el grueso de su escuadra de combate.

Del mar del Norte al de Báltico se pasa a través de los tres estrechos que se abren entre las costas de Dinamarca y las de Escandinavia. Uno de ellos no tiene calado suficiente para la navegación de los dreadnoughts y prácticamente puede considerarse cerrado; los otros dos están muy vigilados y seguramente se han tendido en ellos líneas de minas submarinas que pueden completarse en pocas horas, de manera que cualquier tentativa de los ingleses para cruzarlos conduciría probablemente a un desastre para su escuadra. Esta no intentará tan arriesgada empresa mientras los acorazados alemanes no estén a pique.

Con los barcos de reserva, tienen bastante los alemanes para mantener a raya a la escuadra rusa, y han concentrado sus fuerzas de primera línea en otro teatro, prestas a caer sobre los ingleses cuando la ocasión sea oportuna.

La base naval de Alemania en la presente guerra está constituida por el grupo de islotes que llevan el nombre de la isla principal, Heligoland. Toda la costa, al N., de Holanda, desde la isla de Sylt, en el grupo frisio del norte, a Borkum, uno de los islotes del mismo grupo, al E., o sea en una distancia de 200 kilómetros, se ha transformado en una vasta y fortísima base naval, protegida por fortificaciones. No hace muchos años los alemanes adquirieron de Holanda la propiedad de Heligoland, organizándola para una futura guerra. La isla ha sido dotada de fortificaciones casi inexpugnables, protegidas por gruesas corazas de acero, a prueba del tiro de los cañones de la flota, y las avenidas marítimas, así como la desembocadura del Elba, están a cubierto por varias líneas de torpedos fondeados, que hacen muy peligrosa la aproximación a los islotes.

Hay estaciones para torpederos en Sylt, Cuxhaven, Bremerhaven y Borkum; detrás de Borkum y hacia Emden tienen los destroyers otra base; y los submarinos se mueven alrededor de Cuxhaven.

El grupo de Heligoland, más que cubrir la desembocadura del Elba, es una verdadera base ofensiva contra las escuadras y el litoral británicos. Además, oculta los movimientos de la flota alemana, que puede trasladarse desde el Báltico al mar del Norte siguiendo el canal del Emperador Guillermo, llamado vulgarmente canal de Kiel. Esta obra gigantesca ha sido recientemente ensanchada y profundizada para permitir la navegación de los mayores dreadnoughts, y pone en relación los dos grandes arsenales y astilleros de Kiel y Wilhelmshaven; desde Emden a la boca del Ems, otro canal que con-

duce al Jade, permite a los destroyers pasar a Wilhelmshaven, que es la base naval alemana más importante del mar del Norte. A la entrada del gran canal se encuentra Brunshuttel, y ya en el Elba Hamburgo, donde se han construido los más poderosos acorazados alemanes. De modo que la escuadra tiene a su inmediata disposición los mejores centros donde fondear, preparar sus ataques, repostarse de carbón y municiones de boca y guerra, y un refugio seguro en caso de derrota, con todos los medios y elementos necesarios para reparar las averías y rehacerse.

En Emden parece que se han hecho vastos preparativos de muelles, embarcaderos, etc., en previsión de que más adelante sea posible proceder al desembarco de un cuerpo de invasión en Inglaterra.

Se encuentra, pues, Alemania en una situación excelente para desarrollar contra su enemigo lo que en la Gran Bretaña se llama «guerra de desgaste», consistente en obligar a los barcos ingleses a una navegación incesante para predisponerlos a un ataque por sorpresa en el momento oportuno. Para que llegue este momento es menester que la flota enemiga se haya debilitado por la pérdida de algunas unidades de combate, bien por el choque contra torpedos sumergidos, ya por el ataque de torpederos o submarinos o, más probablemente, por la acción de dirigibles y aeroplanos.

La táctica alemana ha de consistir en cansar, debilitar, fatigar y hacer perder condiciones marineras a los barcos ingleses, y a este efecto ha de repetir de vez en cuando los ataques de torpederos y cruceros rápidos, aunque sepa el almirante que las unidades empeñadas en estas operaciones han de ser echadas a pique. Basta que sean averiados los barcos enemigos y que se obligue a mantener en movimiento a toda la escuadra, tanto si reina niebla como si se desatan temporales, para que el objetivo se consiga poco a poco, lentamente, más por obra del tiempo que de las armas. Y esta es, por ahora, la táctica que observan los alemanes.

Los ingleses saben perfectamente el peligro a que están expuestos y no les cabe duda acerca de los métodos que seguirá su enemigo: para contrarrestarlos, mantienen en la línea avanzada los cruceros rápidos y las unidades pequeñas, dejando en reserva los acorazados y cruceros de combate. Los dos ad-

versarios conocen la obstinación, la tenacidad y la pericia del rival que cada cual tiene enfrente y se esfuerzan en frustrar las combinaciones del adversario para que triunfen las propias. Es una guerra de mucha paciencia y perseverancia, en la que han de menudear los combates y encuentros insignificantes y sin importancia, antes de que se empeñe la batalla decisiva, que ni uno ni otro tienen deseos de acometer desde luego, porque no ignoran que irían a lo desconocido, que es un mal factor en las batallas navales.

III. — Operaciones navales

Se ha desmentido la noticia de que la escuadra francesa echó a pique al acorazado austriaco *Zryni*, en aguas de Cattaro; el barco perdido fué el pequeño crucero *Zenta* y el combate tuvo lugar el 16 de agosto, delante de Antivari.

El pequeño crucero alemán *Magdeburg*, de 4.500 toneladas, se fué a pique en las costas rusas del Báltico en ocasión de practicar un reconocimiento; parte de la dotación se salvó a bordo de un torpedero y el resto fué apresada por los rusos.

El 23 de agosto, la flota ligera o de reconocimiento alemana practicó una salida de su base de Heligoland, tratando de acometer a las grandes unidades inglesas, pero fué contenida y obligada a retirarse por las divisiones ligeras británicas. En este combate perdieron los alemanes los cruceros *Mainz*, de 4.350 toneladas, y *Koln*, de 4.300, así como tres contratorpederos y varios submarinos; es dudosa, sin embargo, la última parte de esta noticia, la relativa a los submarinos. La flota inglesa no tuvo grandes averías, según el parte oficial del Almirantazgo, habiendo sufrido desperfectos únicamente algunos contratorpederos y cruceros rápidos. Parte de las dotaciones de los buques alemanes echados a pique fué recogida a bordo de la escuadra británica. Este combate es la primera, o acaso la segunda fase de la guerra de desgaste a que antes he aludido. Conviene añadir que no parece haber sido bien preparada la tentativa alemana, porque para que tuviera éxito o desorientara a su enemigo era menester que al primer ataque, reducido a una demostración, siguiera inmediatamente un segundo, más fuerte.

JUAN AVILÉS

CRÓNICA MILITAR

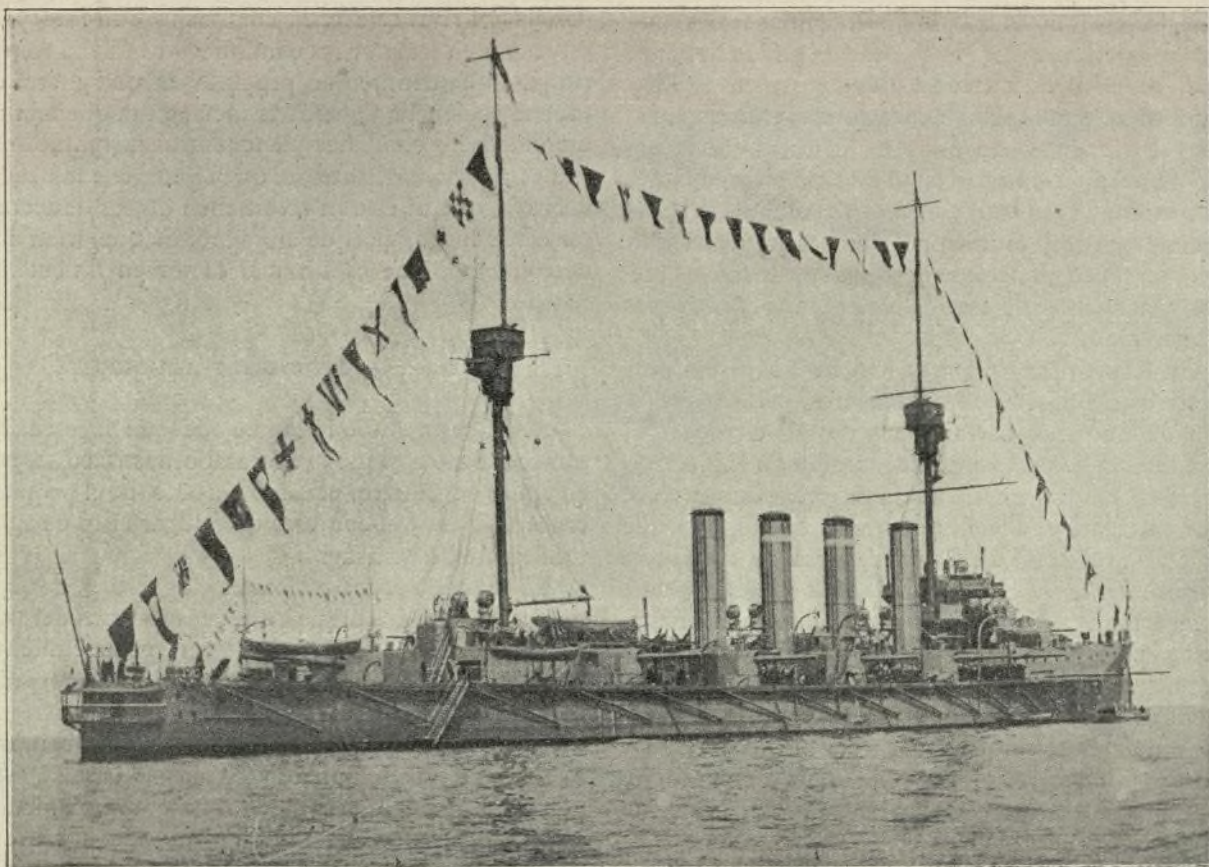
I. Las causas de las victorias alemanas.—II. El error de los franceses y la estrategia alemana.—III. La ejecución del plan alemán.—IV. Los aeroplanos alemanes.—V. La marcha invasora de los alemanes en Francia.—VI. ¿A París?

I.—Las causas de las victorias alemanas

El público, sin darse cuenta, expresa de un modo gráfico, mil veces superior a largas explicaciones, las causas de las victorias alemanas. Al referirse a los aliados se habla de lo que ha hecho u ordenado el general Joffre, el general French, Pau, Gallieni, el Gran Duque Nicolás, Rennenkampf, etc.; mientras que al citar al adversario se vale de la expresión «los

alemanes»; y ésto no porque ignore que el Príncipe Imperial manda un ejército, y que el heredero de Baviera manda otro, etc., sino porque la acción de los aliados la llevan los generales A, B o C., mientras que la de los alemanes es algo colectivo, superior a las personalidades.

En todos los ejércitos del mundo, con excepción del alemán, hay un general que sobresale, o varios, que imponen sus ideas y modalidades e imprimen



El crucero inglés *Shannon*

caracteres propios a las operaciones de los ejércitos confiados a su mando. En Alemania, no: el ejército se mueve según principios invariables, siempre en los mismos cauces aunque cambie el mando y se releven las personas. Todo él no tiene más que un mismo pensamiento, una misma doctrina, un mismo espíritu, encarnados de modo sobresaliente en los caudillos que mandan los ejércitos y cuerpos de ejército. ¿De dónde proviene esa unidad, esa fuerza colectiva, que ninguna nación ha podido copiar aunque todas han tratado de imitar? De lo que aquí llamamos cuerpo de Estado Mayor, y que es allí un servicio especial.

En la Academia de Guerra de Berlín se adquieren los conocimientos para ingresar en el servicio de Estado Mayor. Los oficiales admitidos son muy pocos y se les sujeta a pruebas difíciles y rigurosas; pero no basta el saber, ni la ciencia es suficiente; se necesita bastante más. Luego de aprobados los cursos académicos, los oficiales, escasísimos, que han de quedar temporalmente en el Estado Mayor, se distribuyen en los cuerpos de ejército, y prestan su servicio en los cuarteles generales a las órdenes de los jefes de Estado Mayor, que por lo general son tenientes coroneles o coroneles en vez de generales como es de rigor en casi todos los ejércitos. Pero esos oficiales no permanecen constantemente en tales destinos sino que al ascender vuelven a sus cuerpos a practicar el mando, y de ordinario ya no se apartan de sus armas de origen; sólo un número muy pequeño son llamados más tarde de nuevo al Estado Mayor; son los elegidos, los futuros directores del ejército. De vez en cuando, esos oficiales distinguidos pasan a Berlín, a las órdenes del jefe del Estado

Mayor general, donde se empapan del espíritu que luego, cuando regresen a los cuarteles generales, han de extender en los cuerpos de ejército, mediante la preparación y las órdenes de instrucción, movilización, maniobras, etc., confiadas enteramente a su cuidado. Esa llamada a Berlín tiene lugar tres o cuatro veces por lo menos durante sus etapas de servicio en el Estado Mayor. Ya coroneles, los oficiales de Estado Mayor abandonan definitivamente, salvo muy contadas excepciones, el servicio y pasan a mandar regimientos y brigadas; el ascenso a general no tarda en llegar, y ese núcleo de jefes bien probados y de aptitud reconocida es el que más tarde pasará a ocupar los puestos más elevados del ejército. De suerte, que no es sólo la aptitud ni los conocimientos los que sirven para abrir paso a los mejores oficiales, sino que ante todo lo que se requiere es que se asimilen perfectamente la doctrina que emana del Estado Mayor general de Berlín, y la sepan extender y difundir en todo el ejército desde el puesto de jefes de Estado Mayor de los cuerpos de ejército; el que no responde a las esperanzas que en él se habían puesto, es separado inexorablemente y puede tener la seguridad de que su carrera ha terminado.

Gracias a esta previsora y larga preparación que dura muchos años, gracias a las continuas pruebas a que se les somete, en forma de viajes de Estado Mayor, prácticas, llamadas a Berlín, y gracias también a tener funciones propias los jefes de Estado Mayor de los cuerpos de ejército, se consigue que todas las tropas, desde el Vístula hasta el Mosela, y desde el mar Báltico a Suiza, se eduquen con arreglo a los mismos principios y según una pauta única e inalterable. El general de la brigada, división o cuerpo de ejército

que se aparte de estos principios, pierde el destino y pasa a la reserva.

En el Estado Mayor general se estudian, entre otras muchas cosas, los planes de campaña, reducidos naturalmente a sus líneas generales, y se discuten y resuelven todas las incidencias que pueden presentarse en el desenvolvimiento de aquellos. En esta difícil labor, la jerarquía es lo de menos, se busca la capacidad, el talento, no hay amor propio, ni tampoco nadie adquiere vanidad u orgullo personal, porque si tal hiciera sería borrado del ejército activo: cada cual pone a contribución sus talentos y conocimientos, cumpliendo el deber de posponer la propia personalidad al bien del ejército y de la patria.

Completada esta previsorá preparación con una práctica constante y el ejercicio del mando en todas las jerarquías, sin un solo momento de tregua, se comprende que en el ejército alemán no haya más que un solo espíritu, desde el Kaiser al último soldado, y que todos aprecien de la misma manera los difíciles problemas que surgen en una guerra.

Sólo así se explica que en un frente de 500 ó 600 kilómetros se conduzcan exactamente de la misma manera los cuerpos de la extrema derecha que los de la extrema izquierda; que al darse la orden de ofensiva, todas las masas, independientemente de quien las manda y de quienes las constituyen, se muevan como un solo hombre, y haya cabal y completa concordancia en sus esfuerzos y movimientos; y sólo así se comprende que en las situaciones apuradas o imprevistas—que nunca faltan en la guerra aunque se lleve en ella la mejor parte,—ni sobrevengan vacilaciones, ni haya dudas, ni se expidan órdenes contradictorias: todos piensan lo mismo, y quienes están al frente de las grandes unidades se conducen lo mismo si las circunstancias son idénticas.

No es el talento, no es sólo el estudio, no es la previsión, menos el genio, lo que da a los alemanes la victoria: es la unidad de doctrina y de pensamiento. Un ejército cuya fuerza reside en esa unidad, es superior y obtendrá más fácilmente el triunfo que otro cualquiera en el que haya seis generales eminentes, porque éstos se harán sombra unos a otros, y las ideas de los unos estarán forzosamente en pugna con

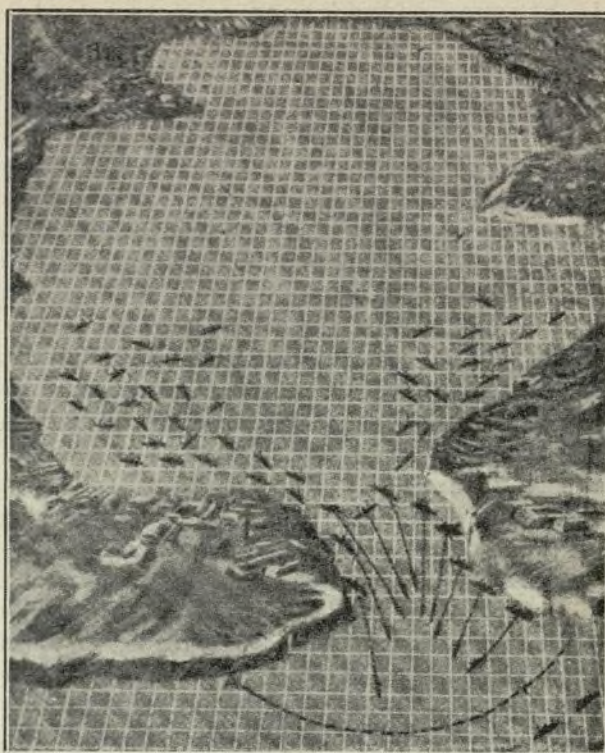
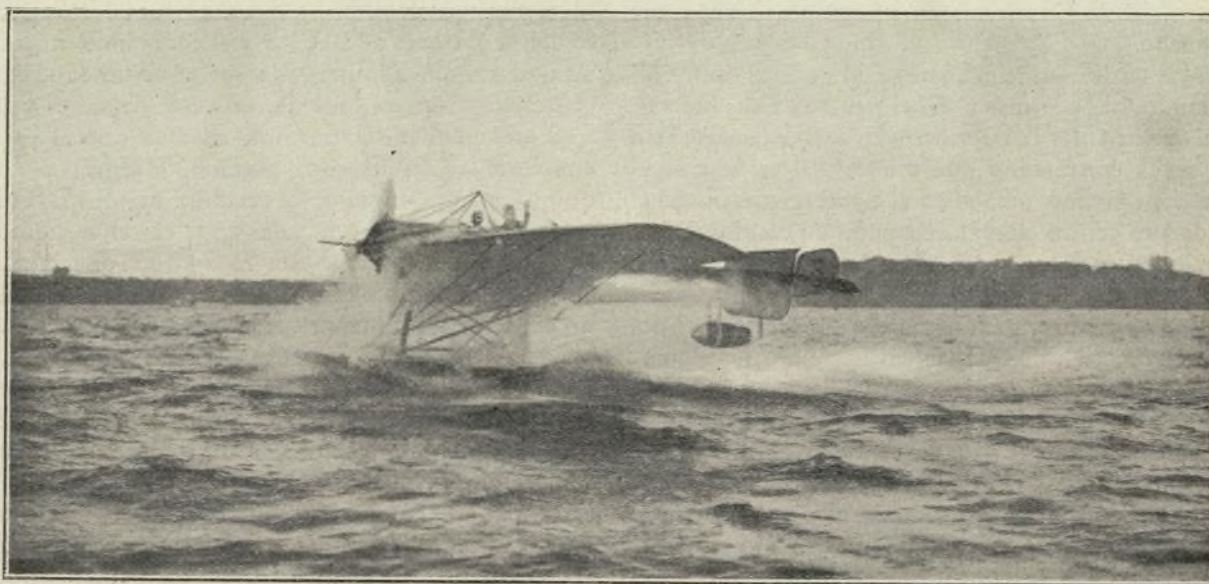


Diagrama que representa cómo se cuadrícula una bahía para facilitar el tiro de la artillería atacante; cada cuadrícula se numera para corregir el tiro, que se observa desde un aeroplano

las de los demás. Tres Napoleones conducirían al mejor ejército a un rápido desastre, y un sólo Napoleón probablemente no podría llevar a la victoria por sí mismo a una masa de dos millones de hombres diseminados en un frente de centenares de kilómetros. Los alemanes lo han entendido mejor: comprendiendo que el servicio obligatorio, cuyas características son la generalidad y universalidad, sólo puede subsistir como masa combatiente mediante la unidad de entendimiento y de espíritu, a ellas han tendido ante todo y sobre todo. Esta es la mayor gloria de Moltke: haber sabido establecer sobre bases duraderas una institución enderezada a la unidad.

Si ésta falta, el mejor ejército, aunque esté bien mandado, tendrá tan poca cohesión como los famosos e innumerables ejércitos de Xerxes.



Un biplano de la escuadra británica en el momento de emprender el vuelo

II.—El error de los franceses y la estrategia alemana

Al primitivo error de la concentración francesa, siguió otro error más grave todavía: la creencia, que se trocó en convicción, de que el grueso enemigo se encontraba al norte, en Bélgica. Tanto se ha insistido en todos los tonos y en toda la prensa de Francia e Inglaterra sobre el hecho, que se dió por descontado, de que los alemanes se proponían el ataque exclusivamente o de un modo principal por las fronteras del N., que acaso el general Joffre o el Ministerio de la Guerra francés, de acuerdo con el de Londres, entendiera que efectivamente el peligro estaba sólo del lado de Bélgica; cuesta, sin embargo, trabajo, creer que en materia tan delicada el generalísimo se dejara llevar por esta impresión, pero los hechos son que su maniobra en Charleroi y posteriormente, se fundó en la creencia de que el enemigo más temible era el del N.; a ello sin duda contribuyó la insistencia con que los belgas, batidos en todas partes, afirmaban que los alemanes que habían invadido el pequeño reino eran las más y mejores tropas de Alemania.

Desde el primer día he emitido la opinión de que el centro alemán estaba en Luxemburgo, que una masa gruesa se hallaba en Lorena y que el ala estratégica operaba en Bélgica. Si esta afirmación era fundada o no, lo dirán los hechos que voy a recordar. Noticioso el general Joffre de la marcha envolvente de los alemanes en Bélgica se propuso romper su centro, para destruir el ala derecha, y atacó en la dirección de Charleroi; pero en este ataque no encontró el centro alemán, sino el centro del ejército del Norte, de manera que cuando el verdadero centro inició la ofensiva por Luxemburgo, el ala derecha francesa quedó amenazada de ser envuelta y sobrevino la derrota; al mismo tiempo, sabiendo los alemanes que en el extremo izquierdo de la línea enemiga estaban los ingleses, de pocas condiciones maniobreras y no acostumbrados a la guerra en grande escala, ni preparados para ella, desecharon todo temor y se corrieron con fuerzas escasas hacia el O., envolviendo al general French y poniéndole en derrota: las dos alas francesas quedaron destrozadas y el centro, hacia Charleroi, en posición avanzada, fué deshecho.

Más tarde, desde el 26 al 30, el general Joffre inclinándose un poco más al E. el grueso de sus fuerzas, vuelve a intentar la ruptura del centro enemigo; aun no se ha convencido que ese centro no está en el Mosa, ni mucho menos en el Sambre; de nuevo el verdadero centro alemán, cooperando con los fáciles movimientos, poco observados, del extremo derecho, le bate y empuja en desorden hacia el S. O.

Por otra parte, para nadie era un secreto — pues bastaba recordar lo que vienen haciendo los alemanes en todas las maniobras que se efectúan hace treinta años — que los ejércitos del Kaiser iban a buscar la decisión de la batalla en el envolvimiento de las alas, de una por lo menos, y esto es lo que han ejecutado constantemente desde el día 15, siempre con completo éxito. Para oponerse con eficacia a esta maniobra, cabía la ruptura del centro enemigo o el desbordamiento del ala no estratégica. La ruptura del centro falló por la sencilla razón antes dicha: no

se ejecutó contra el centro, sino contra la mitad de una de las alas, y al avanzar el centro alemán envolvió la derecha francesa. No cabía pensar en detener, ni menos envolver el ala demostrativa alemana, la de Bélgica, por hallarse en aquel extremo los ingleses, no capacitados para maniobra tan difícil y que requiere extremada energía. Sólo quedaba la esperanza de operar contra el ala izquierda enemiga, la de Lorena, pero el general Joffre, engañado, había sacado fuerzas de este teatro para llevarlas al N., y además se desalentó demasiado pronto por el fracaso de su primera ofensiva parcial en la región al S. E. de Metz.

Hubieran estado convencidos los franceses de que la situación inicial de los alemanes al comenzar el despliegue era la que se ha indicado en estas páginas, y no tendrían que lamentar los desastres que ahora lloran. A no otra cosa que a lo que ha ocurrido podía conducir, frente a un ejército tan temible como el alemán, el desfilarse en profundidad hacia Charleroi y Namur, dejando los dos flancos poco menos que al descubierto.

En cuanto a la estrategia alemana, se viene hablando estos días de unas tenazas que se cierran inexorablemente teniendo entre sus dos brazos al ejército aliado, y se pretende que los alemanes habían proyectado esta maniobra.

Cosas son estas sobre las que no cabe discusión, y hemos de esperar a que los propios interesados descubran más adelante cuál es el plan que se propusieron. Pero aquel que haya seguido con atención la doctrina alemana, y sepa que los planes de campaña no llegan más allá de las primeras consecuencias del despliegue estratégico sin perjuicio de tener previstos los casos que después pueden presentarse, comprenderá que ese plan alemán es demasiado artificioso y carece de la sencillez que resplandece en las combinaciones alemanas desde el 1864 acá.

A mi juicio, y creo que no me equivoco, aunque no pretendo ni mucho menos ser infalible, los alemanes se propusieron en primer término desplegar sus fuerzas desde la Lorena al Sambre, mediante la formación de tres grandes masas, que una vez terminado su despliegue pronunciarían simultáneamente la ofensiva, acentuándola en aquellos puntos que se revelaran más débiles. La marcha triunfal del ejército del N. a través de Bélgica y el conocimiento, que no tardaron en adquirir, de ser equivocada la concentración francesa, movieron a los alemanes a dar a su ejército del N. una importancia que al principio no le atribuyeron; haciéndole seguir por el quinto, así que tuvieron la certidumbre de que eran inglesas las fuerzas apostadas en la extrema izquierda enemiga. Gracias a esta feliz circunstancia para ellos, la maniobra desbordante por Bélgica tuvo pleno éxito, pero no menor fué el alcanzado por las masas de los dos Luxemburgos, apoyadas por la de Lorena. Porque es conveniente recordar, que en cuanto terminó el despliegue por el norte, todos los ejércitos, desde Metz a Mons, asumieron la ofensiva, rompiendo en varios puntos el frente enemigo, y acumulando, como es lógico, las tropas en ellos para completar el resultado inicialmente conseguido. De suerte, que en mi opinión, los alemanes no se propusieron más que tomar una ofensiva simultánea en cuanto hubieron desbordado la izquierda ene-



miga, subordinando los demás movimientos a las consecuencias de esta primera batalla. Es más, opino, y no puedo afirmarlo aun, porque la situación sigue oscura, que el objetivo real de la extrema derecha no era arrojar a los ingleses hacia el grueso francés, sino cortarlo y separarlo de la costa.

III. — La ejecución del plan alemán

Si admirable por su sencillez es el plan alemán, derrotar al enemigo empeñando la batalla en todo el frente luego de conseguida una ventaja estratégica, todavía más admirable es su ejecución, que pone de manifiesto la superioridad de aquel ejército. En los primeros días, mientras el despliegue no está terminado, a la vigorosa ofensiva francesa se opone una defensiva pertinaz, enérgica, en la que se procura padecer poco y causar muchas pérdidas al enemigo; a este período es al que se llamó fracaso del plan alemán gracias a la heroica resistencia de los belgas. Una vez ejecutado el despliegue, la ofensiva alemana no se hace esperar y se pronuncia a lo largo de toda la línea, con una unidad asombrosa y con una perseverancia de la que no hay ejemplo. Dada la señal, las tropas del Kaiser ya no se detienen, no hay momento que perder, y la batalla no cesa de hecho ni un instante; ni la resistencia formidable que al principio oponen los franceses, ni las plazas fuertes, con su poderoso artillado y sus grandes fosos y parapetos, ni el cansancio de las marchas, ni las dificultades—necesariamente grandes—del abastecimiento, pese a las mayores previsiones, son parte a entorpecer o disminuir la velocidad del avance: comenzada la ofensiva, no se detiene mientras haya fuerzas humanas para proseguirla.

Este vigor de ejecución es lo que diferencia a esta guerra de la de 1870. En la de hace cuarenta y cuatro años, las primeras batallas son de encuentro, y a cada una de ellas sigue un período, a veces de sólo dos días, pero al fin un período, para poner en línea las tropas y prepararse para la nueva batalla; el contacto no se establece en todo el frente, y como consecuencia siempre hay cuerpos franceses que escapan a la derrota; las tropas se empeñan en casi su totalidad en combate y necesitan descanso y tiempo para rehacerse.

Ahora no: una vez tomado el contacto ya no se pierde; hay que seguir al enemigo y continuar batiéndole antes de que se aleje y se substraiga a los nuevos golpes; al mismo tiempo, las reservas, soberbiamente apostadas, permiten continuar enérgicamente la ofensiva, cualesquiera que sean las pérdidas de los cuerpos empeñados. Cuando se escriba la historia de esta primera fase de la guerra, todos los hechos de armas a partir del 21 de agosto aparecerán como una sola y única batalla, cuyo único objeto es la destrucción del enemigo y la destrucción de todas sus líneas de defensa.

Ante tal vigor y tan extraordinaria persistencia de ataque, el mejor partido para los franceses era una retirada rapidísima, o un ataque en masa en la región de la Lorena, abandonando París y exponiendo el todo por el todo. Al parecer, ninguna de las dos soluciones radicales ha sido adoptada y como consecuencia puede tenerse la seguridad de que en la primera quincena de la guerra el ejército

aliado ha quedado muchísimo más destrozado que lo fué el ejército francés del 4 al 20 de agosto de 1870.

Ese vigor de ejecución, en una escala más grandiosa ahora por el mayor efectivo de los ejércitos, sólo se encuentra en las más grandes campañas de Alejandro, Aníbal, César y Napoleón.

IV.—Los aeroplanos alemanes

La aparición de los aeroplanos alemanes sobre París tiene escasísima trascendencia desde el punto de vista militar. Los daños materiales que puedan causar no igualarán al que ocasione el fuego de una sola batería de campaña durante diez minutos. Su efecto es más moral, que material, y aunque en la guerra hay que contar con el primero casi tanto como con el segundo, con todo, no conviene exagerar su importancia, porque la acción del aeroplano adolecerá siempre del defecto de ser momentánea y pasar pronto.

Militarmente considerado este punto, llama la atención que los aviones alemanes hayan llegado a París, recorriendo 120 kilómetros por lo menos, sin que ningún aeroplano enemigo les haya cortado el paso o por lo menos se lanzara en su persecución. Precisamente en los días que precedieron a la declaración de guerra, refirió la prensa con todo detalle las precauciones que se habían adoptado para tener siempre dispuesta en el parque de aviación una escuadrilla de aviones, destinada a repeler los ataques enemigos y proteger la capital. En las dos primeras semanas de guerra, las hazañas y rasgos de atrevimiento de los aviadores franceses llenaron gran parte de los comunicados oficiales. Y la pericia, sangre fría y habilidad de los pilotos franceses, no tienen rival, y a ellos se deben en gran parte los progresos de la aviación. Sin embargo, en el momento crítico, los aviadores alemanes se ciernen impunemente sobre París, vuelan sobre la capital y arrojan sus explosivos. Mientras los hechos no lo demuestren palpablemente, me resisto a creer que en lo acontecido tengan la menor culpa los aviadores franceses, y también que el Ministerio de la Guerra haya descuidado un asunto tan interesante. Lo probable es que en la precipitada retirada que están realizando los franceses hayan perdido gran parte de sus parques de aviación, y ahora estos elementos comiencen a escasear.

V.—La marcha invasora de los alemanes en Francia

El avance de los alemanes está dejando muy atrás a lo que ocurrió en 1870. No obstante, todavía siguen circulando los tópicos del fracaso del plan alemán, la heroica defensa de los belgas y la pérdida de tiempo que la resistencia de Bélgica ocasionó al invasor.

El 2 de septiembre, el Ministerio de la Guerra francés, cuyos partes son cada vez más oscuros, señala la presencia del ejército alemán desde Compiègne a Reims. Este frente debe referirse al ejército que operaba en el S. de Bélgica y en todo caso a las cabezas de columna del ejército del Luxemburgo belga; los de Luxemburgo y Metz se mueven más al S. Los alemanes partieron de Charleroi lo más

pronto en la noche del 25 de agosto, de suerte que para haber llegado a la expresada línea el 1.º de septiembre tuvieron que recorrer la enorme distancia de 120 kilómetros en línea recta, o sea en realidad 140, como término medio, lo que representa un avance de 17 kilómetros diarios. En tiempos normales, la jornada media de un cuerpo de ejército, con su impedimenta, es de 15 a 16 kilómetros, de lo que resulta que los alemanes, en su marcha a través de Francia adelantan con mayor rapidez que en tiempo de paz en unas maniobras. Esto excusa todo comentario. El desastre francés ha debido ser extraordinario, mayor todavía que el del año terrible; los ingleses parecen puestos definitivamente fuera de combate. No se olvide que esta marcha de invasión se verifica teniendo el enemigo al frente, y habiendo tenido que salvar una doble línea de plazas fuertes. Para que los franceses hayan podido recorrer aquella distancia ante un enemigo victorioso, dándole constantemente la espalda, es menester, si no han querido ser destruídos, que la dispersión haya sido casi general. Ante este hecho, ninguna importancia tiene que Verdun se haya rendido, como creo; que Nancy cayera en manos del enemigo, y que la línea de fortificaciones de la frontera no sea ya, en su conjunto, más que un recuerdo histórico. La única ala que al parecer se defiende en buen orden y continúa la resistencia es la derecha, la de Lorena, reforzada por las tropas de Alsacia; de la izquierda sólo han de quedar restos, y el centro está despedazado. Compiegne dista de París 80 kilómetros.

VI. — ¿A París?

No llegan noticias de la guerra, a partir del 28 de agosto, porque los comunicados oficiales franceses, únicos fidedignos, repiten constantemente los mismos conceptos: el enemigo avanza, el ejército francés retrocede, aunque castigando al adversario, y en Alsacia y Lorena se obtienen a diario ventajas parciales.

Como quiera, no cabe duda que el invasor está a las puertas de París, o sea a corta distancia de los fuertes de la tercera línea, la más avanzada; que las fortificaciones de la frontera del E. han sido forzadas; que está envuelta la extrema izquierda de los

aliados y que el centro ha sido roto en dos puntos, por lo menos, por las masas de Luxemburgo y Metz.

La situación de los aliados es muy grave; los ingleses corren el peligro de ser separados de sus bases, el litoral; y los franceses han sido deshechos en gran parte, y ya no hay unidad de acción ni de pensamiento en ellos.

¿Qué harán los alemanes? es la pregunta general.

El objetivo alemán no es París. El invasor no tiene otro objetivo que completar la victoria, destruyendo al ejército enemigo. Si éste se refugia en París, a París irán los alemanes; si fraccionado en varias masas retrocede en diferentes direcciones, el ejército alemán se subdividirá a su vez, pero sin romper el frente de batalla, para ir en pos del vencido, y dejará algunos cuerpos delante de París, capital a la que no concederá una importancia mucho mayor que la que ha dado a las plazas del E.

El segundo objetivo alemán es acabar de destruir a los ingleses. Como el armamento de éstos no es igual al francés, aquéllos han de recibir las municiones desde los puertos a donde las conduzcan los barcos. Esos puertos son las verdaderas bases de operaciones para los ingleses, y han perdido ya las primeras que establecieron desde Dunquerque a Boloña; han debido trasladarlas mucho más al Sur, aumentando el recorrido de navegación y, por lo tanto, las dificultades y peligros del abastecimiento. Los alemanes ganarían, sin combatir, una batalla decisiva contra los ingleses, si pudieran cortar definitivamente las comunicaciones de éstos con la costa; el ejército británico, sin medios de abastecerse, habría de rendirse o disolverse. Esto lo sabe muy bien el general French, por lo que, sin duda, habrá impreso a sus operaciones una extraordinaria rapidez y procurado, más que no perder el contacto con los franceses, mantener asegurada su comunicación con el litoral. En esta fase de la campaña, los ingleses han de acudir a la maniobra y rehuir el combate, a menos que el enemigo se presente con fuerzas muy inferiores. Las dos caballerías han de desempeñar un importantísimo papel.

JUAN AVILÉS,

Teniente Coronel de Ingenieros

6 septiembre 1914.